

aceptaría mas resueltamente el suplicio que la calumnia. Gozaba en poder confundirla aceptando el martirio como un sábio.

## XV.

En fin, el último que venia atrayéndose las miradas de todos era Vergniaud. Todo París lo habia conocido y lo habia visto en su magestuosa perspectiva sobre el pedestal de la tribuna. Habia curiosidad por contemplar, no solamente el orador á la misma altura con sus enemigos; sino al hombre colocado en el banquillo de los acusados. Se esperaba de él esfuerzos y esplosiones de elocuencia que diesen al drama del proceso las peripecias y los retrocesos de opinion dignas de los días de Demostenes ó de Ciceron. El prestigio de Vergniaud le rodeaba completamente. Era uno de esos hombres de quienes se espera todo, aun lo imposible.

Un murmullo de interés y de compasion resonó al verle. No era éste el Vergniaud de la Convencion, sino el preso del pueblo. Sus músculos flojos por la ociosidad y por el decaimiento del alma no marcaban la armazon un poco maciza y fofa de su cuerpo. Habia en su actitud una dejadez de sí mismo que parecia el desfallecimiento. Su obesidad; su paso tardo, su mirada desvanecida ó apagada, sus megillas hinchadas, su color lívido y marcado con la palidez de las cárceles. Su frente sudaba, y los bucles de su cabello parecian pegados á su piel, por un sudor continuo. Vestia la misma casaca azul con largos faldones y un ancho cuello vuelto, con que se le habia visto siempre en la Convencion; pero esta casaca, ya demasiado estrecha por haber engordado, se le rompía por la espalda y se le separaba por el pecho, impidiéndole la libertad de los movimientos, como si fuese un vestido prestado. Toda su persona respiraba la decadencia de

las grandes cosas. Se enternecia uno involuntariamente viéndolo, pero nó temblaba. Era el atleta vencido y caído en tierra. Aunque Vergniaud entró el último, sus colegas le hicieron lugar en el centro del banco como un gefe alrededor del cual tenian la gloria de agruparse: los gendarmes le permitieron sentarse allí.

## XVI.

El acta de acusacion de Fouquier-Tinville, concertada segun se dice con Robespierre y Saint-Just, no era mas que una estensa y amarga reproduccion del folleto de Camilo Desmoufins, titulado *Historia de la faccion de la Gironda*. Esta era la historia de la calumnia escrita por el calumniador, y de la que daba testimonio el verdugo. Nada añadieron á ella. El rencor no tenia necesidad de convencerse, porque habia sentenciado ya con anticipacion.

Los jueces hicieron comparecer como testigos á todos los enemigos mas encarnizados de los acusados. Pache, Chabot, Hebert, Chaumette, Montaut, Fabre de Eglantine, Leonardo Bourdon y el jacobino Deflieux, leyeron en lugar de testimonios, largas invectivas contra los girondinos. Estos discutieron en breves palabras con los testigos. En lugar de llevar la defensa á la altura de su situacion y de su alma sobre el terreno de la política general, y confesar el crimen glorioso de haber querido moderar la revolucion para hacerla irreprochable y vencedora, se limitaron á unirse individualmente contra los golpes de sus enemigos. Su defensa fue poco digna, rebajandose su dignidad. El mismo Vergniaud pareció escusarse, mas que envanecerse por sus opiniones. Brissot, mas firme y con mas fiereza delante de sus enemigos, refutó victoriosamente á Chabot, y luchó hasta el fin con sus acusadores.

Sillery confesó su verdadero crimen: el voto contra la muerte del rey, lo que ilustró su memoria. Ninguna palabra digna de reservar en la historia salió del corazón de aquellos grandes acusados. El temor de comprometer un resto de vida, selló sus labios. El cuidado de salvar sus días perjudicó al de vengar su memoria. No fueron grandes sino después de haber perdido toda esperanza.

## XVII.

Entretanto la vista de la causa se prolongaba hacia siete días, y la palabra pedida por Gensonné en nombre de todos los acusados para refutar la acusacion, cansaban al tribunal y á los jurados, é inquietaba á la Montaña. La opinion pública que se deja ablandar y que cambia tan pronto al aspecto de las víctimas comenzaba á inclinarse á la indulgencia. Se preguntaban en alta voz al salir de las sesiones del tribunal, qué recompensa tendría la república para sus enemigos, cuando trataba de aquel modo á sus fundadores. Se lamentaban que tanta juventud, tanta belleza y genio se sacrificase por un delito de opinion. Se hablaba de la baja envidia de Robespierre y Danton, que encargaban á la muerte cerrase aquellas elocuentes bocas para no tener el cuidado, y con frecuencia la humillacion, de responderles.

Estos primeros síntomas en favor de los girondinos, alarmaron al ayuntamiento. El yerno de Pache Andouin, que habia sido clérigo, y á la sazón era perseguidor encarnizado, fué á intimar á la comision de salud pública que cerrase el decreto, permitiendo al presidente que declarase á los jurados suficientemente instruidos. El jurado obligado por esta declaracion, cerró los debates el 30 de octubre á las ocho de la noche. Todos los acusados fueron declarados culpables de haber conspirado contra

la unidad y la indivisibilidad de la república, y condenados á muerte.

A la palabra muerte, un gesto de admiracion y de horror se elevó del banco de los acusados. El mayor número, y sobre todo, Boileau, Ducos, Fonfrede, Antiboul, y Mainvielle, esperaban ser absueltos. Su actitud de consternacion, sus manos estendidas hácia los jueces, sus convulsivas maldiciones causaron un momento de turbacion en el pretorib. Uno de los acusados, hizo un movimiento inapercibido con la mano sobre su pecho como para romper sus vestidos y cayó del banco, este fué Valazé. «¿Cómo! ¿tienes miedo? le dijo Brissot esforzándose por sostenerlo.—No, ¡muero!» respondió Valazé, y espiró con la mano sobre el puñal con que se habia atravesado el corazón.

A este espectáculo se restableció el silencio, el ejemplo de Valazé hizo ruborizar á los jóvenes condenados de un momento de debilidad. Boileau solo, protestó contra la sentencia que lo confundia con los girondinos, arrojó su sombrero al aire y exclamó: «¡Yo soy inocente! ¡yo soy jacobino! ¡yo soy montañés!» Los sarcasmos del auditorio le respondieron. En lugar de compasion, no encontró en todas las miradas sino desprecio. Brissot inclinó la cabeza sobre el pecho y parecia que reflexionaba. Fauchet y Lassource puntaron las manos y levantaron los ojos al cielo: Vergniaud, situado en el banco mas elevado, dirigió impasible sobre el tribunal, sobre sus colegas y sobre la multitud, una mirada que parecia reasumir la escena y buscar en lo pasado un ejemplo y una imagen de semejante irrision del destino y semejante ingratitude del pueblo. Sillery arrojó su muleta y exclamó: «¡Hoy es el mejor dia de mi vida!» Fonfrede se volvió hácia Ducos y abrazándolo, «Amigo mio, le dijo llorando, yo soy quien te dá la muerte, pero consuétate, vamos á morir juntos.»

En este mismo momento se levantó un grito del medio de la multitud. Un joven luchaba entre el grupo de espectadores y se esforzaba inútilmente por abrirse paso entre las filas apiñadas para huir hacia la puerta. «¡Dejadme huir, dejadme huir de este espectáculo! exclamó tapándose los ojos con las manos. ¡Soy un miserable, yo soy quien los asesino! ¡Mi Brissot sin máscara, es el que los acusa y los juzga! ¡No puedo soportar la vista de mi obra! ¡siento las gotas de su sangre caer en esta mano que los ha denunciado!» Este joven era Camilo Desmoulins, inconsecuente en su piedad como en su aborrecimiento, y cuya lijereza pueril ó perversa, cedía á las lágrimas con tanta facilidad como provocaba á la sangre. La multitud indiferente ó desdenosa le contuvo y le hizo callar como á un niño.

Eran las once de la noche; despues de un momento dedicado al efecto que causó la sentencia, á la emocion de los condenados y á los gritos de *Viva la república*, dados por la multitud, se levantó la sesion.

Los girondinos, bajando uno á uno de sus bancos, se agruparon alrededor del cadáver de Valazé, tendido sobre una alfombra, tocándolo respetuosamente con sus manos para asegurarse de que ya no respiraba; despues, como si estuviesen dominados por una inspiracion eléctrica, al contacto del republicano sacrificado por su propia mano, esclamaron á una sola voz: «¡Morimos inocentes, viva la república!» Algunos de ellos arrojaron en el

mismo instante una cantidad de asignados, no como se ha creído para corromper el pueblo y escitarlo á un motín, si no para legarle, como hacian los romanos, una moneda ya inútil á su propia vida. La multitud se arrojó sobre el legado de los moribundos, y pareció compadecerse de ellos. Hermann mandó á los gendarmes que hiciesen su deber, y que se llevasen á los condenados, y que volvieran á entrar bajo las bóvedas de la escalera que conducia á sus calabozos. Su presencia de espíritu desconcertado por un momento, volvió á manifestarse al saber su suerte. «Amigo mio, dijo afectando reir Ducos á Fonfrede, no veo mas que un medio de salvarnos, que es declarar la *unidad* de nuestras dos vidas, y la indivisibilidad de nuestras dos cabezas.» Fonfrede se sonrió melancólicamente. Su pensamiento mas conforme con semejante momento, lloraba el hogar doméstico á donde no debía volver. «¡Pobres hijos míos!» fué su única respuesta.

Sin embargo, fieles á la promesa que habian hecho á los demas presos de la Consergeria, de informarles de su suerte por el eco de su voz, entonaron al salir del tribunal el himno de la Marsellesa,

¡Vamos, hijos de la patria  
Ha llegado el dia de la gloria!

cantándolo en coro con una energia, que hizo temblar los peldaños de la escalera y las bóvedas de los calabozos y corredores.

A estos acentos los presos se despertaron y comprendieron que los acusados cantaban el himno de su propia muerte. El horror y la compasion les respondieron con exclamaciones, gemidos y adioses desde el interior de todos los calabozos.

En esta última noche se les puso en el calabozo grande, antes sala de la muerte. El tribunal habian mandado

que el cuerpo apenas frío de Valazé, fuese vuelto á la cárcel, conducido en la misma carreta con sus cómplices al lugar del suplicio y exhumado con ellos. ¡Único decreto tal vez que haya dispuesto ajusticiar á la muerte!

Cuatro gendarmes ejecutaron el decreto de Hermann, siguiendo detrás del grupo de los condenados, por la bóveda del corredor, llevando en una camilla el sangriento cadáver, y depositándolo en un rincón del calabozo. Los girondinos fueron uno á uno á besar la mano heroica de su amigo, y le cubrieron la cara con su capa. Próximos á reunirsele, la despedida fué mas respetuosa que triste. «¡Hasta mañana!» dijeron al cadáver y recogieron sus fuerzas para el día siguiente.

## XX.

Casi estaban en él. El diputado Bailleul, su colega en la Asamblea, su cómplice de opinion y proscrito como ellos, pero que habia escapado de la proscripción y estaba oculto en París, les habia prometido hacerles llevar desde fuera el día de su juicio una comida triunfal ó fúnebre segun la sentencia, en regocijo de su libertad ó en conmemoracion de su muerte. Bailleul, aunque invisible, habia cumplido su promesa por medio de un amigo. La cena funeraria estaba dispuesta en el calabozo grande. Delicados platos, esquisitos vinos, fragantes flores y numerosos candelabros cubrian la puerta de pino de la cárcel. Lujo del adios supremo, prodigalidad de los moribundos que nada tienen que ahorrar para el día siguiente.... Los sentenciados se sentaron á aquel último banquete, tanto para restaurar en silencio sus fuerzas como para esperar con paciencia y distraccion el siguiente día. No valió la pena de acostarse. Un sacerdote, joven entonces y destinado á sobrevivirles mas de medio siglo, el abate Lambert,

amigo de Brissot y de otros girondinos, introducido en la Consergeria para consolar á los moribundos ó para bendecirlos, esperaba en el corredor el fin de aquella cena. Las puertas estaban abiertas y asistia desde allí á aquella escena notando en su alma las acciones, los suspiros y las palabras de los convidados.

La posteridad le debe la mayor parte de estos detalles verídicos como la conciencia, y fieles como la memoria de un amigo.

## XXI.

La cena se prolongó hasta los primeros crepúsculos del día. Vergniaud puesto en el centro de la mesa, la presidia con la misma dignidad tranquila que habia tenido la noche del 10 de agosto presidiendo la Convencion. Vergniaud era entre todos el que menos tenia que sentir dejando la vida, porque habia conquistado su gloria y no dejaba ni padre, ni madre, ni esposa, ni hijos detrás de sí. Los otros se sentaron por grupos, reunidos por casualidad ó por el cariño. Brissot estaba solo al cabo de la mesa comiendo poco y sin hablar nada.

Nada indicó durante mucho tiempo en las fisonomias y en los dichos que esta comida fuese el prelude de un suplicio. Se hubiera dicho que era un encuentro fortuito de algunos viajeros en una posada sobre un camino, apresurándose á gozar de las delicias de una comida fugitiva que el viage iba á interrumpir. Comieron y bebieron con apetito, pero sóbriamente. Desde la puerta se oía el ruido de la vagilla y el choque de los vasos mezclado con pocas conversaciones: silencio ordinario de convidados que satisfacen el primer apetito. Cuando se levantaron los platos y dejaron solamente los postres, las botellas y las flores, la conversacion fué mas animada, ruidosa y grave,

como hombres sin cuidados á quienes el calor del vino desata la lengua y las ideas. Mainvielle, Antiboúl, Du Chastel, Fonfrede, Ducos, toda aquella juventud que no podía creer que había envejecido en una hora para morir al otro día, se desahogó con palabras ligeras y ocurrencias alegres. Estas palabras contrastaban con tan próxima muerte, profanando la santidad de la última hora y helaban la falsa sonrisa que aquellos jóvenes se esforzaban por esparcir alrededor de ellos. Esta afectación de alegría ante Dios y ante la última hora era igualmente una falta de respeto á la vida y á la inmortalidad. No podían ni dejar la una ni acercarse á la otra con tanta ligereza. Estas bromas póstumas caían de sus labios como caen sobre una sepultura las flores que nadie aspira, que contraen el olor del sepulcro y que cuando no son reliquias parecen irrisiones.

Brissot, Fauchet, Sillery, Lassource, Lehardy, y Carra trataron alguna vez de responder á estas provocaciones ardientes de una alegría fingida y de una falsa indiferencia. Pero esta alegría inoportuna de sus jóvenes colegas apenas asomó á los labios de los hombres maduros. Vergniaud mas grave y mas realmente intrépido en su gravedad, miraba á Ducos y á Fonfrede con una sonrisa en que había tanta indulgencia como compasión.

Terminadas estas explosiones de ruido y alegría fúnebre, la conversacion tomó hácia la mañana un giro mas sério y un acento mas solemne. Brissot habló como profeta de las desgracias de la república, decapitada de sus mas virtuosos y de sus mas elocuentes ciudadanos. «Cuánta sangre no correrá para lavar la nuestra! exclamó al concluir,» se callaron todos un momento pareciendo consternados ante el fantasma del porvenir evocado por Brissot. «Amigos míos, repuso Vergniaud, al podar el árbol lo hemos muerto, era demasiado viejo, Robespierre lo ha cortado. ¿Será mas dichoso que nosotros? No. Este terreno es demasiado ligero para nutrir las raíces de la libertad

cívica, este pueblo es demasiado jóven para manejar sus leyes sin herirse: él volverá á sus reyes como el niño vuelve á sus juguetes. ...! Nosotros hemos equivocado la época naciendo y muriendo por la libertad del mundo, dijo, ¡nos hemos creído en Roma y estábamos en París! Pero las revoluciones son como aquellas crisis que encanecen en una noche la cabeza de un hombre: maduran pronto á los pueblos. La sangre de nuestras venas es bastante caliente para fecundar la tierra de la república. No nos llevemos el porvenir y dejemos la esperanza al pueblo en cambio de la muerte que nos va á dar.»

## XXII.

Un largo silencio siguió á estas palabras de Vergniaud, y la conversacion se remontó desde la tierra el cielo con el pensamiento. «¿Qué haremos mañana á estas horas?» dijo Ducos, que siempre hablaba en tono de chanza, aun en los asuntos mas serios, cada uno respondió segun su carácter. «Dormiremos despues de la jornada,» respondieron algunos. El escepticismo de la época corrompía hasta las últimas ideas, y no prometía mas que la intencion del alma ó unos hombres que iban á morir por la inmortalidad de un pensamiento humano. La inmortalidad del alma y las sublimes conjeturas de la vida futura á la cual tocaban, ocuparon mas convenientemente los instantes que quedaban de conversacion. Las voces fueron bajando, el acento se solemniizó, se estinguieron las sonrisas y el sonido de la palabra fué mas grave y sordo como el ruido del azadon que abre una sepultura. Fonfrede, Gensonné, Carra, Fauchet y Brissot, pronunciaron discursos que respiraban toda la divinidad de la razon humana, y toda la certeza de la conciencia sobre

los misteriosos problemas del destino inmaterial del espíritu humano.

Vergniaud, que se había callado hasta entones, interpelado por sus amigos, reasumió el debate. Nunca dice el testigo que citamos, y que le había admirado muchas veces en la tribuna, nunca su frente, su acción, su palabra y el acento cavernoso de su voz, habían conmovido tan profundas fibras en el corazón de su auditorio. Parecía que hablaba desde lo alto de la tribuna de Dios.

Las palabras de Vergniaud se perdieron, solo quedó la impresión en el alma del sacerdote.

Después de haber reunido en un solo é invencible argumento todas las pruebas morales de la existencia de un ser primitivo, que él llamaba como en su tiempo el Ser Supremo; después de haber demostrado la necesidad de una Providencia, consecuencia de la excelencia de este Ser Supremo sobre las creaciones emanadas de él, y la necesidad de la justicia divina del Criador con respecto á sus criaturas; después de haber citado desde Sócrates á Ciceron, y de Ciceron á todos los justos sacrificados, la creencia universal de los pueblos y de los sábios, prueba superior á todas las pruebas pues que está en la naturaleza un instinto de otra segunda vida tan irrefutable como el instinto de la vida presente; después de haber llevado hasta la evidencia y hasta el entusiasmo la certeza de la continuación del ser después de este ser mortal no destruido, sino metamorfoseado por la muerte. Entonces, elevándose hasta el lirismo del profeta político y contrayendo el asunto á la situación de sus coacusados, para tomar su última prueba en ellos mismos dijo: «¿La mejor demostracion de la inmortalidad no somos nosotros? ¿Nosotros en este sitio? ¿nosotros tranquilos, serenos, impassibles al lado del cadáver de nuestro amigo, frente á nuestro propio cadáver discutiendo como en una pacífica asamblea de filósofos sobre el relámpago ó sobre la noche que seguirá inmediatamente á nuestro

último suspiro, y muriendo mas dichosos que Danton que va á vivir, y que Robespierre que va á triunfar?»

«¿Pero por qué hay esta calma en nuestros discursos y esta serenidad con nuestras almas? ¿No es por la convicción de haber cumplido con un gran deber hacia la humanidad? ¡Y bien! ¿Qué es la patria, qué es la humanidad? ¿Es acaso un monton de polvo animado que hoy es hombre y mañana no será sino barro y sangre? ¡No, no es por este barro viviente, sino por el alma de la humanidad y de la patria por la que nosotros vamos á morir! ¿Pero qué somos nosotros mismos, sino una partícula de este alma colectiva del género humano? Cada hombre de los que componen nuestra especie, tienen tambien un espíritu inmortal, imperecedero y confundido con esta alma de la patria y del género humano, por la cual es tan bello y tan dulce sacrificarse y morir. Nosotros no somos unos alucinados ilustres, continuó si unos seres consecuentes á su instinto moral, y que van después de cumplir con este deber, á vivir aun, á sufrir ó á gozar en la inmortalidad de los destinos del hombre. Muramos, pues, no con confianza, sino con convicción. ¡Nuestro testigo, en este gran proceso con la muerte, es nuestra creencia! ¡Nuestro juez es aquel gran Ser, cuyo nombre veneran los siglos, y á cuyos designios contribuimos nosotros como unos instrumentos que él rompe en su obra; pero cuyos pedazos caen á sus pies. La muerte no es sino el acto más poderoso de la vida, porque engendra una vida superior. A no ser así, continuó con mas recogimiento, habría otra cosa mas grande que Dios. ¡Este sería el hombre justo como nosotros, sacrificándose sin recompensa y sin porvenir por su patria! Esta suposicion es una ineptia ó una blasfemia. Yo la rechazo con desprecio y con horror.... ¡No! ¡Vergniaud no es mas grande que Dios; pero Dios es mas justo que Vergniaud, y no le hará subir mañana á un cadalso, sino para justificarle y vengarle en los tiempos venideros!»

Tales fueron las palabras, cuyo sentido solo fué sumariamente notado: «Esto es bien dicho, dijo Lassource, pero yo tengo en mi corazón una prueba mas cierta que la elocuencia del genio moribundo, y es la palabra de un Dios muerto por los hombres —Fuera, dijo sonriéndose irónicamente uno de los jóvenes convidados, Lassource, nada de sueños antes de dormir. Guardemos nuestro buen sentido hasta mañana. La razón piensa, las religiones enseñan. Yo no creo mas que en la razón. Y yo dijo Sillery, creo en las dos. Cristo muriendo en un suplicio como nosotros, no es mas que un testigo divino de la razón humana. ¡No, su religión que nosotros hemos confundido con la tiranía, no es la opresión, sino la libertad. Cristo era el girondino de la inmortalidad!»

Fauchet pronunció un discurso patético sobre la Pasión, comparando su suplicio con el Calvario. Todos se enterpecieron, y muchos lloraron.

Vergniaud lo concilió todo al fin en algunas frases recogidas á medida que caían de sus labios. «¡Creamos lo que nos acomode, dijo, pero muramos ciertos de nuestra vida y del premio de nuestra muerte! ¡Demos cada uno en sacrificio lo que tenemos, uno sus dudas, otros su fé, y todos nuestra sangre por la libertad! Cuando el hombre se ofrece en holocausto á Dios, ¿qué mas debe?...»

## XXIII.

La luz del día entraba por la claraboya del calabozo, empezando á disminuir la de las bugías. «Vámonos á acostar, dijo Ducos, la vida es cosa tan ligera que no vale la hora de sueño que perdemos pensando en ella. — Velemos, dijo Lassource á Sillery y á Fauchet, la eternidad es tan cierta y tan terrible, que no bastarian mil

vidas para prepararse á ella.» Se levantaron de la mesa á estas palabras, separándose para ir á sus cuartos, y se recostaron casi todos en sus colchones.

Trece quedaron en el gran calabozo. Unos se hablaban en voz baja, otros ahogaban su llanto, y algunos dormían. A las ocho se les dejó salir en grupos por el corredor. El abate Lambert, este piadoso amigo de Brissot, que habia pasado la noche á la puerta de su calabozo, esperaba aun allí el permiso de comunicar con ellos. Brissot, apercibiéndole, se dirigió hácia él y lo abrazó con un trasporte convulsivo. El sacerdote le ofreció tímidamente la asistencia de su culto para endulzar ó santificar la muerte. Brissot lo rehusó con reconocimiento, pero con firmeza. «¿Conoces tú alguna cosa mas santa que la muerte de un hombre de bien, que muere por haber rehusado la sangre de sus semejantes á los malvados?» dijo al abate Lambert. El sacerdote no insistió.

Lassource, testigo de esta conversacion, se aproximó á Brissot: «¿Crees tú, le preguntó, en la inmortalidad de tu alma y en la providencia de Dios?—Sí, respondió Brissot, creo, y porque creo voy á morir.—Pues bien, repuso Lassource, de esto á la religión no hay mas que un paso. Yo, ministro de otro culto que el tuyo, no he admirado nunca tanto á los sacerdotes de tu religión como en estos calabozos, á donde vienen á traer el perdón, la esperanza, y á Dios mismo á los sentenciados. En tu lugar, yo me confesaria.» Brissot se retiró sin responder y fué á hablar con Vergniaud, Gensonné y los jóvenes. La mayor parte de estos rehusaron los socorros de la religión. Sentados unos en el pretil de piedra del patio, otros paseándose agarrados del brazo, otros de rodillas á los pies del sacerdote, recibiendo su bendición despues de una corta confesion de sus faltas, y todos esperando con serenidad la señal para salir; sus grupos semejaban un alto antes del combate.

El abate Emery, aunque sacerdote sin juramentar,

había obtenido permiso para hablar con Fauchet por la reja que separaba el patio del corredor. Allí oyó y absolvió al obispo de Calvados, Fauchet, absuelto y penitente, oyó en confesión á Sillery y transmitió á su amigo el perdón divino que acababa de recibir.

A las diez entraron los ejecutores para preparar las cabezas de los reos á la cuchilla y atar sus manos. Todos fueron espontáneamente á inclinar sus cabezas bajo las tijeras y ofrecer los brazos á los cordeles. Gensonné, recogiendo un rizo de sus negros cabellos, se los dió al abate Lambert, suplicándole los remitiese á su esposa, indicándole su retiro: «Dile que esto es todo lo que puedo enviarte de mis restos, pero que muero dirigiéndola todo mi pensamiento.» Vergniaud sacó su reloj, escribió con la punta de un alfiler algunas iniciales y la fecha del 30 de octubre en el interior de la caja de oro, y lo puso disimuladamente en la mano de uno de los asistentes para que se lo llevase á una jóven que amaba con un amor fraternal y con quien se proponía, segun decian, casarse mas tarde. Todos tuvieron un nombre, una amistad, un amor ó un recuerdo que dar á conocer durante estos preparativos: casi todos alguna memoria suya que enviar á los que dejaban en la tierra. La esperanza de dejar un recuerdo en la tierra es el último lazo que une al moribundo á ella al abandonarla. Estos legados misteriosos fueron lealmente cumplidos.

## XXIV.

Cuando aquellas hermosas cabelleras llenaron el suelo del calabozo, los ejecutores y los gendarmes reunieron á los sentenciados y los hicieron marchar en columna hácia el patio del Palacio. Cinco carretas les aguardaban. Una multitud inmensa los rodeaba. Al dar el primer paso

fuera de la Consergeria, los girondinos entonaron á una voz, y como marcha fúnebre, la primera estrofa de la *Marsellesa*, apoyándose con energía significativa sobre estos versos de doble sentido.

«El estandarte sangriento de la tiranía  
se ha alzado en contra nuestra.»

Desde este momento dejaron de ocuparse de sí mismos para no pensar sino en el ejemplo de muerte republicana que querian dejar al pueblo. Sus voces no se apagaban un momento al fin de cada estrofa sino para elevarse con mas energía y mas sonoras al primer verso de la estrofa siguiente. Su marcha y su agonía no fueron mas que un cántico. Iban cuatro en cada carreta, y solo una llevaba cinco: el cadáver de Valazé iba tendido en la última. Su cabeza, descubierta y traqueada por las sacudidas del empedrado, rebotaba á la vista y en las rodillas de sus amigos, que tuvieron que cerrar los ojos para no ver aquel rostro lívido, y sin embargo, estos cantaban como los demas.

Al llegar al pie del cadalso se abrazaron todos en señal de comunión en la libertad, en la vida y en la muerte. Despues continuaron el cántico fúnebre para animarse mutuamente al suplicio y para enviar hasta el momento supremo al que ejecutaban la voz de sus compañeros de muerte. Todos murieron sin debilidad. Sillery con ironía: así que subió sobre el tablado le dió vuelta, saludando al pueblo á derecha é izquierda, como para darle gracias de la gloria y del cadalso. El coro disminuía cuantas veces caía la cuchilla fatal, las filas se aclaraban al pie de la guillotina. Una sola voz continuó la *Marsellesa*: era la de Vergniaud, ajusticiado el último. Aquellas sublimes notas fueron sus últimas palabras. Lo mismo que todos sus compañeros, este grande hombre no moria; se evaporaba en el entusiasmo; y su vida, que había prin-



cipiado por discursos inmortales, concluyó por un himno á la eternidad de la revolucion.

Un solo carro trasportó los cuerpos decapitados y una misma zanja los cubrió al lado de la de Luis XVI.

Algunos años despues, registrando en los archivos de la parroquia de la Magdalena para encontrar las huellas de las sepulturas de la época, los curiosos leian en una hoja de papel timbrado la cuenta de gasto del enterrador de este cementerio, visada por el presidente, autorizando el pago á la tesoreria nacional, con estas palabras: por veinte y un diputados de la Gironda: los ataúdes 147 libras: gastos de inhumacion 63 libras, total 210.

Tal fué el precio de las espueñas de tierra que cubrieron á todo el partido de los fundadores de la república. Eschilo ó Shakspeare no inventaron nunca mas amarga irrisión de la suerte que aquella cuenta del enterrador pidiendo y recibiendo su salario por haber enterrado sucesivamente á toda la monarquía y á toda la república de una gran nacion.

## XXV.

Tal fué la última hora de aquellos hombres. Tuvieron durante su corta vida todas las ilusiones de la esperanza, y tuvieron al morir la mas grande felicidad que Dios reserva á las grandes almas: el martirio que se goza en si mismo y que eleva hasta la santidad de víctima al hombre sacrificado por su conviccion y por su patria.

Seria supérfluo juzgarlos. Lo han sido en vida y en muerte. Cometieron tres faltas. La primera no haber tenido la audacia de su opinion, vacilando en proclamar la república antes del 10 de agosto á la apertura de la Asamblea legislativa. La segunda haber conspirado contra la Constitucion de 1791 que habian hecho y jurado, y haber

Reducido de este modo á la soberanía nacional á obrar como si fuese una faccion, prestado su auxilio para el suplicio del rey y forzado á la revolucion á emplear medios crueles. La tercera haber querido gobernar bajo la Convencion cuando era necesario combatir.

Tuvieron tres virtudes que compensan muchas de sus faltas á los ojos de la posteridad. Adoraron la libertad: fundaron la república, verdad precóz de los gobiernos futuros, y en fin, murieron por no conceder mas sangre á un pueblo sediento de ella. Su época los sentenció á muerte, el porvenir los juzgará para la gloria y el perdón. Murieron por no haber querido permitir á la libertad que se manchase, y se grabará sobre su memoria la inscripción que Vergniaud, su voz, habia grabado con su mano en la pared de su calabozo: ¡Antes la muerte que el crimen! *Potius mori quam fadari!*

Apenas sus cabezas habian caído á los pies del pueblo cuando el brillo de su partido en la Convencion y en toda la Francia fué sustituido por un carácter taciturno, sanguinario y siniestro. Juventud, belleza, ilusiones, genio y elocuencia antigua, todo pareció haber huido con ellos de la patria. París pudo decirse lo que se habia dicho en otro tiempo á si misma Lacedemonia, cuando el asesinato de su juventud en el campo de batalla. «La patria ha perdido su flor, la libertad su prestigio y la revolucion su primavera.»

Mientras que veinte y un girondinos perecian asi en Paris, Petion, Buzot, Barbaroux, Guadet, erraban como bestias feroces acosados en los bosques y cavernas de la Gironda; madama Roland esperaba su última hora en una celda de la cárcel de la Abadía. Dumouriez se agitaba en el destierro para libertarse de sus remordimientos. La Fayette, fiel al menos á la libertad, espiaaba en los subterráneos de la ciudadela de Olmutz, el crimen de haber sido su apóstol y de confesarla aun en las cadenas.